

EL PLANTEO HORACIANO SOBRE LA HISTORIA DE ROMA

Introducción

Se trata de una problemática unitaria y global sobre la que Horacio reflexiona desde su juventud y redondea en su madurez durante unos treinta años aproximadamente, imbricando los planos literario, histórico, político y religioso desde un inicio probado en la desesperación de la derrota hasta la certeza de una salida esperanzada y con soluciones políticas concretas. Su expresión literaria ratifica con bastante semejanzas el esquema esquileo de la *Orestíada*: falta, castigo, reconocimiento y exculpación.

La noción de culpa primigenia y de expiación que afecta toda una estirpe, con cierta restringida analogía con la de pecado original y redención manifiesta en el Antiguo y Nuevo Testamento, es en Horacio de origen griego, pero el poeta supo dar al concepto tradicional un giro novedoso peculiarmente romano; consiste éste en buscar una falta inicial en la raíz de la historia patria (mito de Rómulo y Remo) y reinterpretarla con un nuevo signo sacro para explicar el porqué de las guerras civiles.

Dicho giro está además vinculado con la experiencia política del poeta y se expresa tempranamente en la poesía inicial de los *Epodos*, transita por el resto de su obra y cierra su periplo en el último poema: la oda IV, 15. Horacio comparte estos interrogantes con el Virgilio de las *Églogas* y las *Geórgicas*.

Esta curva poética sigue la parábola que traza la realidad de su tiempo y sus propias vivencias, desde el áspero sabor de la derrota republicana en la batalla de Philippos (42 y 41 a.C.), la pregunta por la causa del desastre y el caos, la noción de culpa y castigo, las respuestas posibles utópicas o realistas, hasta la expiación y el expiador.

El tema de la culpa y la expiación surge espontáneamente de cualquier meditación sobre la naturaleza humana y sus perversiones. En el mundo greco-latino es también natural que haya tenido un tratamiento mítico con imágenes inolvidables, incluso para la conciencia del hombre actual, y que su acuñación más antigua la encontremos en la literatura griega.

Por supuesto que Horacio no debió ignorarla, pero sus reflexiones brotan de una experiencia concreta anclada en la vida política romana, y debido a ello, este tema asume en él un giro personal y originalísimo; no se trata de las consecuencias de la ὕβρις del hombre o del género humano, o de un linaje familiar ej. los Atridas, sino de la falta que cae como una maldición sobre todo un pueblo o estirpe cuya misión histórica consiste en realizar una gran empresa política. Horacio nos entrega una poesía no sólo de signo ético-religioso, sino también histórico-político.

El siglo XX redescubrió la βασιλικὰ μέλη o lírica civil de Horacio y contra aquel tratamiento disecador dio un giro que se verifica ya en el insoslayable comentario de A. Kiessling y R. Heinze (1880-1930) puesto al día por E. Burck en 1958, pero este descubrimiento valioso debe ser tomado con cautela pues fue vinculado, sin duda en exceso, con los avatares históricos que padeció Europa durante las dos guerras y postguerras.

Durante la primera postguerra la crítica liquidó el juicio de Mommsen y subrayó en Horacio al poeta civil cuya obra testimonia el fin de la república y el comienzo de una nueva era de paz y logros civilizadores, pues la filología, especialmente la alemana, puntualizó como característica de la literatura augustea el sentido del estado y su relación con el hombre, además de indagar ciertos conceptos ético-políticos como los de *auctoritas*, *fides*, *dignitas*, *humanitas*, *clementia*, etc.; como ejemplo de estos criterios vale la obra de R. Heinze³ en sus lecciones y artículos que se escalonan entre 1921 y 1938.

Sin embargo la situación de Europa entre ambas guerras, particularmente en la época de los bimilenarios de Virgilio (1930), Horacio (1935) y Augusto (1937), influye para que la exaltación imperial que canta Horacio, se identifique con los regímenes vigentes en Alemania e Italia⁴, que se sintieron respaldados literariamente⁵; fuera de este compromiso, que tiene rasgos efímeros y parciales, lo valioso consistió en que la poesía civil fue reconocida como parte indispensable de la obra poética de Horacio, la cual alcanza así plena unidad y en un espectro más amplio comenzamos a percibir los aspectos positivos -que son ingentes, - de la honda y sincera amistad entre Horacio y Octavio, entre el poeta y el político, entre poesía e imperio, todo lo cual fue y es, motivo de escándalo para cierta crítica de tipo romántico o esquemática.

Por el contrario con la segunda guerra se destacó aquel aspecto de su lírica concomitante con el paso del tiempo y la muerte como realidad absoluta, dentro de los criterios existenciales, pero el inevitable contraste con la generación anterior se dio en la apreciación de las odas civiles disminuidas en su calidad poética o en el valor de sus contenidos.

Después de 1945 el panorama ha variado bastante; por un lado se hizo una revaloración de la obra juvenil del venusino, como de sus *Epístolas* destacando

³ Cf. Heinze, R. *Von Geist der Römertums*, 1938, reeditado por E. Burck, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1972.

⁴ Véase en la obra de La Penna citada en nota 2, p. 15-28, la reseña crítica de los principales comentaristas horacianos alemanes, ingleses e italianos de este siglo hasta 1963; La Penna apunta su artillería contra una revaloración indiscriminada, *senza iudicium*, p. 26 del acuerdo entre la poesía política y el régimen augusteo.

⁵ Cf. los discursos y conferencias reunidos en las *Celebrazioni e commemorazioni* para el bimilenario horaciano por la Academia de Italia, Roma, 1935, recogidos en una antología comentada por Mariella Cagnetta en *L'edera di Orazio. Aspetti politici del bimillenario oraziano*, Venosa, Ed. Osanna, 1990.

Véanse también las observaciones que K. Galinsky realiza sobre la redacción de la *Roman Revolution* de R. Syme entre 1920 y 1930, publicada en 1939, a propósito de la figura de Augusto en *Augustan Culture*, Princeton Univ. Press, 1996, p. 3 - 9.

una exigencia ética a la vez que se enaltecía el Horacio íntimo, dubitante o atormentado frente a las preguntas últimas, y por otro, como la destrucción y la miseria de la postguerra nos devuelven la pequeñez de nuestra dimensión, la contrición y la penitencia, se descubre entonces el sentido de culpa, al que no siempre se lo lleva hasta sus últimas consecuencias y aquí ubicamos nuestra contribución.

En síntesis, la interpretación horaciana ha sido influida por la política de nuestro siglo, y más particularmente sus βασιλικὰ μέλη que fueron valorizadas, devaluadas o desvirtuadas según los criterios de vencedores o vencidos. Basta leer el agresivo y agudo estudio, ya citado, de Antonio La Penna⁶, producto de una *infraestructura ideológica* -usando el mismo vocabulario del autor- carente de neutralidad, pero hábil para distinguir retóricas propagandísticas, o el trabajo más cauto y medido de Viktor Pöschl⁷ para comprobar que la crítica horaciana no es todo lo aséptica que pretende y sufre un cierto condicionamiento de las propias convicciones de los estudiosos⁸ o de la situación mundial o de su orientación globalizante, a veces disimulado, a veces menos encubierto.

Con este juicio no pretendemos desvalorizar los esfuerzos de esta filología teñida a veces de ideología, pues la pasión o el afán dialéctico, como en el caso de La Penna, contribuyen y hasta resultan indispensables para rescatar aspectos olvidados de nuestro poeta; y a menudo ello ocurre en contra de la esforzada intención de estos críticos como intentaremos ver en esta comunicación.

Parece por lo tanto necesario considerar *sine ira et studio* el ingente aporte de los exegetas modernos, entre los que hay algunos de extrema objetividad, y tratar de rescatar los aproximaciones estimables de cada uno, aunque no sean del todo indemnes a los estigmas de las pequeñas parcialidades y omitan considerar la propia experiencia o la riqueza de las estrategias discursivas del poeta.

Debemos agregar que en los últimos años los estudios horacianos tienden a combinar la filología tradicional con los aportes de la lingüística y el análisis del discurso con sus diversas voces para lograr una mejor comprensión del texto, sus afiliaciones culturales o políticas y lo que se ha denominado *oppositional ideology* en sus textos⁹, ya sea para afirmarla o negarla; resulta así un Horacio más matizado y complejo en el que el replanteo de su relación con la *res publica*, los honores que la condujeron y su expresión literaria se vuelve un desafío.

Otra cautela a observar: no emparejar el discurso horaciano con los sistemas

⁶ La Penna, A. *Orazio e la ideologia del Principato*, ya citado.

⁷ Pöschl, V. *Horaz und die Politik*, Heidelberg, Carl Winter, 1963.

⁸ Precauciones que señala D.P. Fowler en su artículo *Horace and the Aesthetics of Politics in Homage to Horace*, Oxford Clarendon Press, 1995, p. 248 - 266, y de las que él no está exento.

Más abierto a la complejidad de esta problemática relación resulta el artículo panorámico de Robin Seager, *Horace and Augustus: Poetry and Policy in Horace 2000: A Celebration* edited by N. Rudd, London, Duckworth, 1993, p. 23 - 40.

⁹ Cf. Santirocco, M. *Horace and augustan ideology* en *Horace: 2000 years*, Arethusa 28, 1995, p. 225-243 y en el mismo volumen la presentación de David Konstan *Introduction: Viewing Horace*, p. 141-149.

contemporáneos, porque caemos o en la perspectiva del *New Historicism* donde el discurso de las políticas oficiales acota y domina cualquier otro sistema, incluso el literario o en el de la *Deconstruction* que mostrando las contradicciones inevitables en los sistemas y en el discurso poético hacen impensable la lírica augustea de Horacio¹⁰.

No se trata de polarizar un Horacio, lírico civil en pro o contra de Augusto, como si estuviese sometido a una ideología pre-existente impuesta verticalmente, sino más bien verla como *an interactive process in which the poet Horace, the patron Maecenas, and the princeps Augustus all had a hand*¹¹, ni tampoco al modo reduccionista de exagerar la tensión entre la esfera privada y la pública¹² cuando siguiendo a su arquetipo, Alceo, buscó armonizar ambas voces.

V. Cremona¹³ que ha dedicado todo un libro a la lírica civil señala en el capítulo conclusivo *Individualismo e civismo nella lirica oraziana* que entre las dos esferas, villa Sabina y Roma, no hay fractura, sino una compleja y entramadísima **unidad**, o al menos una cierta **tensión** o mejor, **integración**.

Tanto M. Santirocco¹⁴ como K. Galinsky aconsejan no enfatizar una esfera a expensas de la otra, sino más bien buscar la armonía en la **interrelación** para hacer justicia a la variedad y complejidad de su lírica¹⁵.

El concepto de culpa

Esta noción está presente en la trayectoria poética del autor desde el principio hasta el final; ostenta diversos matices, por ej. los de *error* (*Sat.* II, 2, 123), *negligentia* o *segnitia* (*Sat.* II, 6, 7), *reprehensio* o *vituperatio* (*Epist.* I, 9,10) y el más frecuente significado de *delictum* o *peccatum*, para lo cual basta confrontar el *Lexicon Horatianum*¹⁶ de Dominicus Bo. Como *peccatum* se encuentra en los epodos, odas y epístolas, aunque todavía es dable distinguir, -lo que no hace Bo- entre falta en general y falta primigenia, una especie de pecado original romano.

Nuestro aporte consiste en analizar la segunda especificación, la de *culpa originaria*, evidente ya en el temprano epodo 7, tal vez anterior al 16 y con seguridad al 9, los otros epodos cívicos con tema concomitante.

¹⁰ Cf. Fowler, D.P., *op. cit.* en nota 8.

¹¹ Santirocco, M. *Op. cit.*, p. 231.

¹² Cremona, V. *La poesia civile di Orazio*, Milano, Vita e Pensiero, 1982, cap. 15 *Individualismo e civismo nella lirica oraziana*.

¹³ Idem, particularmente jugosas y esclarecedoras son las notas que siguen a dicho capítulo.

¹⁴ Cf. Santirocco, M. *Unity and Design in Horace's Odes*, Chapel Hill, Univ. of North Carolina Press, 1986.

¹⁵ Galinsky, K. *Op. cit.*, cap. V, *Horace*, p. 253-261.

¹⁶ Bo, D. *Lexicon Horatianum*, Hildesheim, Georg Olms, 1965, t. 1, p. 100.

Epodo VII

Quo, quo scelesti ruitis? aut cur dexteris
aptantur enses conditi?
Parumne campis atque Neptuno super
fusum est Latini sanguinis,
non ut superbas invidiae Carthaginis 5
Romanus arces ureret,
intactus aut Britannus ut descenderet
sacra catenatus via,
sed ut secundum vota Parthorum sua
urbs haec periret dextera? 10
Neque hic lupis mos nec fuit leonibus
umquam nisi in dispar feris.
Furorne caecus an rapit vis acrior
an culpa? responsum date.
Tacent, et albus ora pallor inficit 15
mentesque percussae stupent.
Sic est: acerba fata Romanos agunt
scelusque fraternae necis,
ut inmerentis fluxit in terram Remi
sacer nepotibus cruor. 20

Versión lineal:

¿A dónde, a dónde, impíos os precipitáis? o ¿por qué con la diestra
empuñáis sables ya envainados?
¿Poca sangre latina acaso, se ha esparcido
sobre los campos y el mar,
no para que el romano incendiase las altivas 5
fortalezas de la envidiosa Cartago,
o el británico nunca sometido descendiese
por la Sacra Vía encadenado,
sino para que según los ruegos de los partos
esta ciudad muriese por su propia mano? 10
Ni lobos ni leones tuvieron esta costumbre,
sino alguna vez contra distintas fieras.
¿Acaso os arrebató un furor ciego o una fuerza aún más cruel
o una culpa? Responded.
Callan, una blanca palidez decolora sus rostros 15
y abatidos los espíritus quedan atónitos.
Así es: persiguen a los romanos amargos destinos

*y el crimen de la matanza fraterna
desde que la sangre de Remo inocente ha corrido por la tierra
para maldición de sus descendientes. 20*

Se discute su data, pero las discrepancias no le quitan el carácter de obra temprana. Onorato Tescari¹⁷, E. Turolla¹⁸, en la edición completa de Horacio realizada por cada uno y P. Grimal¹⁹, proponen siguiendo a algunos escoliastas antiguos, los años 41 o 40 a.C., al desatarse el *bellum Peruginum* entre Octavio y Lucio Antonio; Kiessling-Heinze-Burck²⁰, F.Plessis²¹, G. Pasquali²², F.Villeneuve²³, H. Hommel²⁴, señalan el 38 a. C., al estallar las hostilidades entre Octavio y Sexto Pompeyo, según lo indicaría el v. 3 *Neptuno super*, que E. Fraenkel²⁵ considera un indicio genérico no específico; V. Cremona²⁶ se inclina también por esta datación sin excluir la anterior.

También fueron propuestas otras fechas dentro de este lapso juvenil extendiéndose incluso hasta el 32 a.C, pero más importante es dirimir si el epodo 7 es anterior o no al 16 por la estrecha relación conceptual que tiene con él; no ha habido unanimidad, pero el criterio de Barwick²⁷ marca un hito por la impecable lógica de su razonamiento con la que concidimos, incluso antes de conocer dicho estudio; es evidente que el epodo 7 redactado al reiniciarse las hostilidades -no importa cuáles²⁸- patentiza un estado de desesperación sin salida y los efectos esperados de una maldición ineluctable; en cambio en el epodo 16 la lucha está en pleno desarrollo y se vislumbra una cierta posibilidad, muy parcelada de salvación, que sustraería a un mínimo de elegidos del desastre y de la maldición; el epodo concuerda con la situación de Horacio después de Philippos, vencido, despojado y sin apoyos encumbrados; sin embargo no se trata sólo de la transferencia de una situación personal al plano social, porque tampoco las perspectivas políticas eran prometedoras y únicamente se atisbaban las disensiones, el hambre impuesto por el bloqueo y el caos, entre facciones que no acababan de imponerse.

En este epodo Horacio no poetiza sobre la salida, sino acerca de la motivación de las guerras civiles y al increpar, al modo arquoqueo, desde una tribuna

¹⁷ Tescari, O. *Orazio. Opera*, Torino, 3ª de., 1948.

¹⁸ Turolla, E. *Orazio. Opera*, Torino, Loescher, 1963.

¹⁹ Grimal, P. *Horace*, Paris, du Seuil, 1969, p. 22.

²⁰ Kiessling, A.-Heinze, R.-Burck, E. *Oden und Epoden*, Berlin, Weidmann, 1958.

²¹ Plessis, F. *Horace. Oeuvres*, Paris, Hachette 1961.

²² Pasquali, G. *Orazio lirico*, Firenze, Le Monnier, reed. con apéndice de La Penna, 1966.

²³ Villeneuve, F. *Horace. Odes et Epodes*, Paris, Les Belles Lettres, 1964.

²⁴ Hommel, H. *Op. cit.* en nota 1.

²⁵ Fraenkel, E. *Horace*, Oxford Clarendon Press, 1966, p. 56.

²⁶ Cremona, V. *La poesia civile di Orazio*, Milano, Vita e Pensiero, 1982, p. 43-66.

²⁷ Barwick, K. *Zur Interpretation und Chronologie der 4. Ekloge des Vergil und der 16. und 7. Epoden des Horaz*, *Philologus* 96, 1943, p. 28-67.

²⁸ Setaioli, A. *Gli Epodi di Orazio nella critica dal 1937 al 1972* (con un' appendice fino al 1978), en *A.N.R.W.*, Band II, 31, 3, 1981, p. 1674 - 1788; para el epodo 7 cf. p. 1710 - 1715.

imaginaria a sus conciudadanos como *scelesti* o criminales (v.1), denostándolos, les enrostra el callar la motivación de estas luchas sin objeto patriótico; sólo él, revestido tempranamente de la condición de *vates*, será el único en dar la respuesta al modo oracular, respuesta limitada sólo a la causa, sin generar soluciones ni tampoco, al parecer, llegar al extremo de la extinción de la estirpe radicalizando el planteo; como se verá después, estamos más cerca del tratamiento esquileo de la *Orestíada* que del de *Los 7 contra Tebas*.

Este epodo inicia, por otra parte, una constante horaciana: la de hacer hincapié sobre la política exterior como forma de derivar y encausar la beligerancia civil apuntando a enemigos difíciles, victoriosos y arrogantes como los britanos o los partos juramentados para destruir Roma²⁹.

No es un *furor caecus* ni una *vis acrior* (v. 13) sino una *culpa* (v. 14), en un clímax inverso, la del *scelus fraternae necis* (v. 18) que entrañada con la fundación de Roma, al correr por la tierra la *inmerentis Remi sacer cruor* (v. 19-20) hace caer sobre todos los romanos una ancestral maldición (éste es el sentido de *sacer*), que crece como una bola de nieve.

Scelus y *scelesti* responsabilizan tanto a Rómulo como a los fratricidas, partícipes, en mayor escala, de las guerras civiles con su ceguera de autodestrucción.

El mito recuerda que Remo, desobedeciendo a Rómulo franqueó el surco que delimitaba el espacio sacro de la Roma recién establecida, del profano, falta sacrilega castigada con la muerte. Ovidio en *Fastos* IV, 807-857 da una versión atenuada haciendo de Céler, un segundo de Rómulo, el matador de Remo y a su hermano llorando catulianamente al muerto, en cambio en el conciso verso también de *Fastos* II, 143, Remo apostrofa con horaciana dureza a Rómulo como asesino.

La noción de sacrilegio se fue modificando y borrando con el correr del tiempo; Cicerón en *De officiis*, 3, 41, después Tito Livio en *Ab urbe condita* I, 6 y 7, se encargarán de liquidarla añadiendo que ambos hermanos padecían de la ambición de mando; quedó el hecho de la muerte, pero transformado en un fratricidio desacralizado.

Cicerón, único antecedente posible que podamos conocer, habla de una *species utilitatis*, una apariencia de utilidad encubierta con una *species honestatis*, apariencia de honestidad, para referirse a la conducta de Rómulo, a la que sin rodeos denomina *peccavit*, aunque se trate del dios Quirino.

Horacio en cambio resacraliza con distinto signo, al hacer del crimen fraternal el pecado original de Roma y convertir a Rómulo y Remo en Caín y Abel, interpretación que le proporciona una explicación mítica de ese *bellum civile* que engendra interminablemente nuevas guerras y renovadas miserias.

¿De dónde pudo Horacio conocer esta versión de signo religioso o fue crea-

²⁹ Cf. R. Seager, *op. cit.*, p. 24 - 25.

ción suya? Según Giarratano³⁰, Wagenvoort³¹, Setaioli³² y Cremona³³ pudo deberse a un escritor hostil a Roma, un tal Timágenes de Alejandría, historiador llegado como prisionero por el 55 a.C., pero no existe documentación para asegurarse sobre tal fuente y por eso, R. Schilling³⁴ la cree de elaboración autónoma.

Lo cierto es que la interpretación horaciana abrió una perspectiva tal vez no imaginada por el venusino, continuada por Lucano (*Fars.* I, 95) y resemantizada a lo cristiano por distintos S.S.P.P., Justino, Minucio Félix, Tertuliano, Lactancio, Orosio, san Agustín, quien traza un paralelo entre ambos gemelos con Caín y Abel para referirse a la fundación de las dos ciudades, terrena y celeste, o san León Magno que transfiere la comparación de los hermanos al martirio de san Pedro y san Pablo cuya sangre inocente lavaría el crimen inicial refundando o bautizando a Roma³⁵.

O. Seel³⁶, marcando las diferencias, ha señalado las afinidades de la concepción horaciana con el tema de la sangre inocente derramada y su transmisión hereditaria, ya en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, vindicación que exige un castigo o una expiación; no se trata de buscar contactos tal vez inexistentes, aunque la colectividad judía en Roma era de notoria importancia ya en los años de la guerra civil, sino de una comunidad de motivos compartida con diversas variantes en la cuenca mediterránea y, en el caso de Horacio, insertada en marcos literarios griegos, pero que desplegada en su totalidad, o sea hasta la expiación cumplida en la oda IV, 15 anticipa un sostén de la idea cristiana de redención entramada en la historia de Roma como lo daría a entender la expresión τὸ πλήρωμα τῶν αἰσρῶν de *Efesios* I, 10 y *Gálatas* IV, 4.

Epodo 16

El epodo 7 muestra una concepción clausurada y sin esperanza, pero el mismo poemario se alinea en otra dirección con el epodo 16; Carruba³⁷ además de dividir los epodos en cuatro grupos (uno político: *Ep.* 1, 7, 9 y 16) los encuentra enfrentados en dos sectores abiertos por los epodos actíacos (1 y 9), estando el 7 y el 16, penúltimos de sus dos respectivas mitades, lo que apuntaría a un cierto progreso señalado por el 16.

³⁰ No he podido verificar el artículo de Giarratano (1956) citado por Wagenvoort, Setaioli y Cremona.

³¹ Wagenvoort, H., *The crime of fratricide* en *Studies in Roman Literature, Culture and Religion*, Leiden, 1956, p. 169-183.

³² Setaioli, A. *Op. cit.*, p. 1712.

³³ Cremona, V. *Op. cit.*, p. 60.

³⁴ Schilling, R. *Romulus l'êtu et Rêmus le reprouvé*, R.E.L. 38, 1960, p. 182-199.

³⁵ Paschoud, F. *Le mythe de Rome à la fin de l'Empire et dans les royaumes romano-barbares*, en *Atti dei Convegni Lincei* 45, 1980, p. 123-138. Véase en castellano: Hubeñak, F. *Roma. El mito político*, B. Aires, Ciudad argentina, 1997, cap. IV, p. 213-253 y Buisel, M.D. *Culpa y redención de Roma en Horacio y su proyección en una homilía (LXXXIII) de san León Magno*, Buenos Aires, *Stylos* 2, 1993, p. 81-98.

³⁶ Seel, O. *Römertum und Latinität*, Stuttgart, 1964, p. 99 ss.

³⁷ Carruba, R.W. *The Epodes of Horace*, Paris, 1969, citado por A. Setaioli en *op. cit.*, p. 1689-1691.

Esta idea madre de culpa y maldición pudo desplegar un itinerario no vislumbrado en el epodo 7; en efecto ¿qué solución podía entrever Horacio, después de Philippos, suponiendo que se sustrajese a su desesperación fatalista o determinista? una salida real o realista, ninguna; ideales, varias, pero irrealizables: la utopía, la regeneración moral o la expiación.

La primera es tentada casi en seguida en el epodo 16, de elaboración más compleja y de reñida datación (con abundante bibliografía) en relación con la IV Égloga de Virgilio. Horacio comienza presentando el derrumbe de Roma (v. 1-2) como un hecho certero y verificable, lo que en el 7 era una eventualidad (v. 10), más otra generación destrozada por las guerras civiles

*Altera iam teritur bellis civilibus aetas
suis et ipsa Roma viribus ruit:*

El pasado romano es un mosaico de luchas con enemigos internos y externos como Espartaco o Aníbal, que no pudieron abatir el valor de sus defensores, pero lo que antes no se logró, lo consiguen ahora los mismos romanos, nefasta generación de una **sangre maldita**, labrando impiamente su propia perdición (v. 9-10)

*impia perdemus devoti sanguinis aetas
ferisque rursus occupabitur solum,*

El bárbaro hollará la tierra patria y dispersará los huesos del fundador, esto será el colmo del sacrilegio; es digno de observar que el poeta mantiene la idea de una estirpe maldita, pero diluyendo ahora el motivo original del crimen fraterno; el fundador no es llamado Rómulo, sino con su nombre deificado de Quirino, como recurso de atenuación, añadiendo que el desentierro y aventación de sus restos es una nefanda impiedad (v. 13-14)

*quaeque carent ventis et solibus ossa Quirini
nefas videre! dissipabit insolens.*

Hasta el v.14 tenemos una variación del epodo 7, pero el v.15 marca una inflexión originando un nuevo despliegue: es el momento para que un grupo escogido de ciudadanos, salga de su tierra, como hicieron los foceos griegos, y busque las Islas Afortunadas y sus venturosos campos (viejo motivo hesiódico y pindárico), donde la vida se desenvolvería en utópicas e irreales condiciones de felicidad.

La actitud de Virgilio frente a la historia en la IV égloga difiere de la del venusino; cuando el primero canta el advenimiento de la *aurea aetas*, inmediatamente antes o después, Horacio aconseja la huida a las Islas Afortunadas; ve todo perdido y, sálvese quien pueda, como los foceos, nada hay que valga la pena rescatar o salvar; entonces la *melior pars* (v. 15 y 37) de los escogidos debe exilarse de sus campos, lares y templos y ganar, más allá del *Oceanus circumvagus* (v. 41) los *beata arva* y las *divites insulas* (v. 42) de polivalente interpretación simbólica³⁸; esta *élite* es *pia* (v. 66) y es la que debe empezar de nuevo.

Sin embargo Horacio no aclara en virtud de qué prodigio o qué código está exenta de la *sanguinis devoti* (v. 9) que afecta a toda la generación impía (v. 9), aposición de *nos* (sujeto responsable de *perdemus*), *élite* entre los que se incluye, al menos literariamente, el poeta; lo cierto es que en mayor o menor grado todos los romanos están manchados, y eso multiplica los desastres de generación en generación, aún siendo *inmeritus* o inocente del *scelus* o crimen inicial, como también se advierte claramente en la 6ª oda romana.

Incluso *nos* en las odas I, 2, 47; I, 35, 33-4; III, 6, 47 indica la participación de la presente generación y de Horacio mismo en la mancha inicial, aunque en los *Epodos* hable desde una tribuna imaginaria y amoneste como un virtuoso escogido con un mínimo de faltas y mucho de conciencia, descubrimos un Horacio que no deja de ver que en el fondo, hay una renuncia pesimista en esta vislumbre de una salida utópica al margen de la historia.

El poeta atisba dicha solución ideal, excluida del ámbito de la *res publica* y rubricada por un juramento de no retorno, entregándose a ella con entusiasmo; la inconsistencia de la solución requiere un garante con credibilidad y ése no es otro que Júpiter; para premiar a la *melior pars* por su *pietas* el dios concede entonces una fuga propicia (v. 66)

piis secunda vate me datur fuga

Esta interpretación supone una lectura literal de la exhortación a abandonar Roma, pero otros comentaristas aconsejan una lectura simbólica, entendiendo las *divites insulae* como una imagen de vida apartada de la impiedad y de las pugnas sangrientas o como un retiro espiritual al fondo de sí mismo³⁹ o una intención irónica hacia los que quieren exiliarse de Roma en una solución rápida e irreflexiva; esta última postura negaría la utopía siendo coherente con el pensamiento expuesto en la lírica posterior.

Pero Horacio no es precisamente poeta de salidas utópicas o de evasiones incapaces de aceptar la realidad; por el contrario, toda su obra es la de un espíritu equilibrado que invita a una sana, aunque a veces dolorida, afirmación de la realidad y a acoger su misterio tratando de modificar lo que humanamente se

³⁸ Cf. Pöschl, V. *Op. cit.*, p. 14.

³⁹ Cf. Setaioli, A. *Op. cit.*, p. 1744-1762.

pueda, *deo adjuvante*; tampoco es poeta de salidas revolucionarias, de modo que reflexionando con más ecuanimidad buscará en la regeneración moral y la expiación, más simples, pero más difíciles, el encauzamiento de la vida romana.

Expiación y expiador en las *Odas*

Desechadas la desesperación y la utopía de los epodos, el tema de la culpa, reaparece de nuevo en las odas; el punto de partida no se modifica: siguen siendo los *delicta maiorum* (III, 6, 1) y más concretamente *cicatricum et sceleris pudet / fratrumque* (I, 35, 33-4), la vergüenza de las cicatrices y el crimen de los hermanos, los *fecunda culpa saecula* (III, 6, 17-8), que contaminaron matrimonios, estirpes y hogares, pero la solución posible ha variado y asumido un matiz más congruente con lo humano y por eso más rico y complejo.

Horacio plantea una regeneración ética total de las costumbres, a la que deben contribuir todos sin excepción, pero además necesita que alguien asuma en sí mismo la expiación de la ofensa perpetrada contra los dioses por el sacrilegio inicial.

La purificación no será sólo interior, reclama también un expiador externo ya que el individuo no puede frente a los dioses purgar por sí mismo la magnitud de la falta. No se trata de un pago sangriento con sacrificio animal y menos humano; aquí implicará una tarea política de pacificación y ordenamiento; tarea a la que Virgilio comenzará prestando la imagen del *puer*.

Las odas traen esa novedad no con frecuencia, pero sí con limpidez.

En cuanto a las costumbres Horacio propone el modelo del *mos maiorum* que Augusto tomó como paradigma para restaurar la vida pública y privada como se ve en su legislación; a modo de variante, alude a veces a las virtudes de los pueblos bárbaros, pero pensando con el canon de la ruda moralidad antigua que consolidó a Roma⁴⁰.

La idea de expiación ofrece varias facetas; no es colectiva, es decir, asumida por muchos o por todos como la regeneración de las costumbres; no es cruenta al no exigir el sacrificio del expiador; es individual, es de contenido político⁴¹, pero... ¿quién y qué es el expiador?.

Para que Horacio llegue a madurar esa noción e identificarla con un personaje real fue necesario que coincidieran diversas circunstancias. Por un lado todo un trasfondo religioso, literario e histórico que confluye con su propio despliegue interior y con la transformación, auspiciosa y favorable del panorama político posterior a Actium; al delinarse señera la figura de Octavio del marasmo y la descomposición política y moral, imponiéndose lenta y dificultosamente al caos, Horacio, sin arrepentirse de su pasado republicano y celoso de su independencia, vislumbra objetivamente y sin pesimismo no sólo al restaurador

⁴⁰ Oppermann, H. *Horaz. Dichtung und Stadt in Römertum*, Darmstadt, Wis. Buchg., 1976, p. 262.

⁴¹ Está desarrollada en la oda IV, 15 al desplegar los rasgos de la *aetas Augusti*.

*imperi rebus? Prece qua fatigent
virgines sanctae minus audientem
carmina Vestam?
Cui dabit partis scelus expiandi
Iupiter? Tandem venias precamur, 30
nube candentis umeros amictus,
augur Apollo,
sive tu maior, Erycina ridens,
quam Iocus circumvolat et Cupido,
sive neglectum genus et nepotes 35
respicis, auctor,
heu nimis longo satiate ludo,
quem iuvat clamor galeaeque leves,
acer et Mauri peditis cruentum
vultus in hostem, 40
siue mutatam iuenem figura
ales in terris imitaris, almae
filius Maiiae, patiens vocari
Caesaris ultor.
Serus in caelum redeas diuque 45
laetus intersis populo Quirini,
neve te nostris vitiis iniquum
ocior aura
tollat; hic magnos potius triumphos,
hic ames dici pater atque princeps, 50
neu sinas Medos equitare inultos,
te duce, Caesar.*

Versión lineal :

*Nieve suficiente ya y cruel granizo a la tierra
envió nuestro Padre y después de golpear
con enrojecida diestra la sacra fortaleza
espantó la ciudad,
espantó los pueblos, para que no tornase 5
el duro siglo de Pyrra quejosa de nuevos prodigios:
Proteo llevando todo su ganado
a contemplar las altas cumbres,
los peces encallando en la cima del olmo,
morada consabida de las palomas, 10
y en el mar desbordado nadando
temerosas las gacelas.
Vimos al rojizo Tíber, tornadas con ímpetu*

*sus ondas desde la orilla etrusca,
ir a derribar los palacios de un rey 15
y los templos de Vesta,
ese Tíber, onda conyugal que se arroja
vengador de Ilia, en exceso quejosa,
y libre se desliza por la ribera izquierda
sin la venia de Júpiter. 20*

*Diezmada por la falta de sus padres nuestra juventud
sabr  que entre ciudadanos se ha aguzado el hierro,
con el que mejor hubiesen perecido los persas temibles,
sabr  de nuestras luchas.*

* A qué dios invocar  el pueblo cuando se desploma 25
el imperio?  Con qué plegaria
las doncellas consagradas fatigar n a Vesta,
sorda a sus cantos rituales?
 A quién dará Júpiter la tarea de expiar
el crimen? Ven por fin -te rogamos-, 30
cubiertas con una nube tus espaldas lucientes,
 oh Apolo augur!,
o t , si lo prefieres, sonriente Erycina,
a quien rodean alados el Juego y el Deseo,
o t , padre, si tiendes la mirada sobre tu linaje 35
sin amparo y tus descendientes,
 ay!, harto con un juego en demasía prolongado,
t , a quien agradan el clamor y los yelmos bruñidos
y la mirada feroz del infante mauritano
contra su enemigo sangrante, 40
o t , alado hijo de Maya nutricia,
si cambiada tu figura, asumes en la tierra
la del joven y permites que se te llame
vengador de César.*

*Tardo vuelve al cielo y largo tiempo 45
quédate propicio entre el pueblo de Quirino,
e indignado con nuestras faltas, no te arrebate
una brisa muy veloz;
antes bien prefiere aquí los magnos triunfos,
ser aquí aclamado padre y príncipe, 50
y no dejes que los medos cabalguen impunes
siendo t , César, nuestro jefe.*

La oda comienza presentando en los v. 1-20 una serie de calamidades que han afectado la *Urbs*; en primer lugar (v. 1-12) una tempestad enviada por J pi-

ter con finalidad admonitoria, para evitar se volviese al instante en que los desórdenes y transgresiones de los hombres provocaron el diluvio, del cual sólo se salvaron -según el mito-Deucalión, hijo de Prometeo y Pyrrha resguardándose en un arca; como ejemplo de los prodigios acaecidos entonces, recuerda el poeta entre otros casos, que las focas del rebaño marino de Poseidón custodiadas por Proteo, contemplaron las montañas.

Después de la nieve y el granizo en segundo lugar, una inundación del Tíber, que abandonando su margen derecha (etrusca), se desborda sobre la izquierda e inunda Roma destruyendo el palacio del rey Numa y el templo de Vesta. También este hecho tiene una explicación mítica: el Tíber, como divinidad fluvial desposó a Ilía o Rhea Silvia, madre de Rómulo y Remo, cuando ésta, gran Vestal, suma sacerdotisa con virginidad consagrada, quedó grávida del dios Marte y, en castigo, fue arrojada al río que la recibió como cónyuge (*uxorius*) y la vengó con sus aguas desbordadas; cabe preguntarse cuál es el contenido de la queja de Ilía: si por el castigo que se le impone, o por la muerte de Remo a manos de Rómulo, o por el asesinato de Julio César, lo que veremos después.

En ambos casos cercanas calamidades castigan delitos más o menos pretéritos o advierten para que ellos no ocurran.

En v. 21-24, se muestra un tercer flagelo actual: la guerra civil causada por las faltas de los padres y/o antepasados *vitio parentum* en forma genérica.

En el v. 25 surge el tema del dios salvador, quien en el v. 29 se convierte en expiador, pero desconocido aún para el pueblo romano; la única salida es el socorro divino que podría estar representado sucesivamente por divinidades caras a los romanos: Apolo augur, Venus Erycina (por su templo en el monte Éryx en Sicilia) y Marte (v. 29-40); el poeta descarta estas tres posibilidades sin dar el motivo y elige a Mercurio, quien en su epifanía cambia su forma divina y adopta la del joven Octaviano; éste no sólo vengará el asesinato de Julio César, sino también terminará con los partos, enemigos seculares del imperio romano (v. 41-52). La oda finaliza con una súplica a Mercurio-Augusto para que permanezca largo tiempo protegiendo y dirigiendo a los romanos⁴², no olvidemos que las divinidades enojadas con sus protegidos se iban a otro santuario o al cielo.

En general, los críticos consideran que la composición de esta oda es medianamente cercana a la de los epodos 7 y 16, con los que tiene además tema concomitante, pero menos antigua que la oda III, 4 ubicable en un estadio de redacción más temprana. Ussani y Turolla la creen del 36 a.C., para la mayoría es posterior a Actium, compuesta entre el 29 y e 27 a.C, por ej. Hommel basándose en el v. 50 recuerda que Octavio recién en el año 28 a.C. recibió el título de *Princeps*, primer ciudadano, que aceptó como caracterización del nuevo régimen (principado); el consenso público lo distinguía ya como *Pater* (v.50), aunque recién en

⁴² Syndikus, H.P. *Die Lyrik des Horaz*, Darmstadt, Wiss. Buchg., 1989, Band I, p. 38-57. Para el autor, el final de la oda evidencia un temor por un retiro anticipado o por una muerte prematura de Augusto, de allí la súplica por la permanencia.

el año 2 a.C. el senado lo designará *Pater Patriae*.

Conviene observar que en el v. 2 Júpiter es llamado, *pater* y en el v. 50 la misma apelación se brinda a Augusto; esto no es casual, también en I, 12, 51-52 le ruega a Júpiter que reine teniendo al emperador como segundo

tu secundo / Caesare regnes

los romanos tienen un padre en el cielo y después de Actium (31 a.C.), uno en la tierra.

Calamidades y *portenta*

De la ubicación temporal de las calamidades iniciales y especialmente de la inundación del Tíber depende la interpretación de los pasos señalados.

El v.1 *Jam satis terris* puede ser tributario de *Geórgicas* 1, 498 ss. donde Virgilio ruega a los dioses no impidan que el *iuvenem* (v.500) los auxilie, pues (v. 501-2)

*satis jam pridem sanguine nostro
Laomedontae luimus periuria Troiae*

es importante que el mantuano señale que ya se lavó con sangre latina el perjurio de Laomedonte, como si en la saga de Ilión también se partiese de una falta inicial causante de la guerra troyana y las contiendas civiles itálicas.

Antes en el mismo texto v. 466-88 Virgilio menciona prodigios y fenómenos naturales de excepción acaecidos *tempore illo* (v. 469), referidos concretamente a la muerte de Julio César; muchos comentaristas, algunos antiguos, otros modernos, ej. Villeneuve⁴³, Coffigniez⁴⁴, Turolla⁴⁵, en sus respectivas ediciones, se han deslizado por la pendiente y han creído que la misma referencia vale para Horacio o para Tibulo II, 5,71; Ovidio *Met.* XV, 782-98 y Dion Casio 45, 17 quienes también vinculan con Julio César la lista de desastres y prodigios. Horacio selecciona algunos para su tratamiento lírico.

Fraenkel⁴⁶ advierte que de hecho nada hay en el texto que nos obligue a esa fecha, ni hay que olvidar que frente a Virgilio, Horacio preservó en alto grado su independencia. M. Hirst⁴⁷ argumenta en contra de esa fecha que dificulta y complica la interpretación; se apoya en el criterio de Pliss, T. E. Page y Wickham, a

⁴³ Villeneuve, F. *Op. cit.*, p. 8.

⁴⁴ Coffigniez, J. *Horace. Odes*, Paris, Bordas, 1968.

⁴⁵ Turolla, E. *Op. cit.*

⁴⁶ Fraenkel, E. *Op. cit.*, p. 246.

⁴⁷ Hirst, M. *The portents in Horace, Odes I, 2, 1-20*, *Classical Quarterly* XXXII, n° 1, 1938, p. 79.

los que añadiremos los de R. Nisbet y M. Hubbard⁴⁸; si el *vidimus*⁴⁹ (v. 13) es literal, los fenómenos no pueden datar del 44 a. C. porque Horacio no estaba en Roma, sino en Atenas; los que aceptan el 44 lo toman como un eufemismo y una evocación tributaria de Virgilio. Hirst propone que estos desastres acontecieron en el año de redacción de la oda o muy cercana a ella, lo que confirma con varios testimonios históricos.

Si nos guiamos por los comentaristas citados en primer término, el Tíber quiere vengar a Ilia quejosa de la muerte de César, su descendiente lejano; los motivos de los v. 21-23 deben ser las guerras civiles vinculadas con dicha muerte y el *scelus expiandi* este mismo asesinato, ya que en el v. 44 Octavio aparece como *ultor Caesaris*.

Pero si las catástrofes y la inundación no son las del 44 a.C., entonces Ilia deplora la muerte de su hijo Remo a manos de Rómulo congruente con el epodo 7, muerte que ha generado las guerras civiles de v. 21 y 23 en un espectro temporal más amplio; si el crimen a expiar es éste y no el de César, el segundo resulta una consecuencia del fratricidio primero y se incluye en él. Hirst añade con razón, que por muy vinculado que estuviese Horacio con Augusto, no debemos olvidar que el poeta fue *tribunus militis* de Bruto y no deploró en ningún momento la muerte de César, sólo mencionado dos veces en su obra⁵⁰, ni tampoco se ruborizó jamás por su pasado republicano. Esto en cuanto a la causa que genera la necesidad de un purificador.

Procuratio

Antes de llegar, sin embargo al expiador, primero debemos saber la identidad del dios ofendido (aquí Vesta y también Ilia; Júpiter: ¿ofendido y/o castigador?), la causa de la ofensa (una muerte y/o muchas muertes), y los medios de expiación requeridos o *piacula*.

La novedad de la oda comienza con el tema de Mercurio ya que la relación Mercurio-Octavio es salvífica.

Ya indicamos que una línea crítica que parte de Mommsen consiste en señalar la falta de autenticidad y la adulación en las poesías que exaltan a Augusto; A. La Penna y K. Thraede son los más encarnizados; otros más cautos, ej. Pasquini, hablan de la recurrencia de Horacio a lugares comunes como el panegírico al emperador utilizando formas estereotipadas en las poesías de encargo, tema muy desarrollado después por E. Doblhofer⁵¹; esto proviene de exagerar o

⁴⁸ Nisbet, R.-Hubbard, M. A *Commentary on Horace. Odes I*, Oxford Clarendon Press, 1970, p. 17-18.

⁴⁹ Cairns, F. *Horace, Odes 1.2*, *Eranos* 69, 1-4, 1971, p. 68-88. Para el autor el sujeto de este verbo y el de *precamur* es un *nos* o plural coral referido a sí mismo y al resto de los romanos; este es un rasgo propio del *pean* pindárico, que sería el género de esta oda.

⁵⁰ En este texto y en *Sat. I, 9, 18* (*Caesaris hortos*).

⁵¹ Doblhofer, E. *Die Augustuspanegyrik des Horaz in formalhistorischer Sicht*, Heidelberg, 1966, donde analiza los lugares comunes del género panegírico mostrando como Horacio los modifica, varía y acrecienta con rasgos personales, mostrando o no su compromiso.

malentender ciertas frases de la *Vita Horatii*, 9 y 10 de Suetonio⁵² y sacarla de su contexto, o se refiere según Turolla⁵³ a una *minore aderenza d'interiorità* -en las odas políticas- *in confronto alle odi individuali*, aunque es *impossibile scindere i due tipi senza rompere sua unità poderosa*; V. Pöschl ya citado exalta con más sutileza los valores individuales como decisivos aún en las mismas odas políticas.

La tan escarnecida relación entre ambos tiene como clave el mérito del estado y del estadista y el consiguiente reconocimiento (realidades no tan aseguibles hoy día); no olvidemos que Augusto ofreció a Horacio su secretaría privada y éste, en salvaguarda de su independencia la rechazó, lo cual acrecentó el mutuo respeto; y tampoco, que Horacio moribundo legó sus bienes y su poesía a Augusto; esta concepción no se da sólo en Horacio, sino también con sus variantes en Virgilio y Propertio unidos más o menos por las mismas soluciones políticas (aunque encontremos en sus textos *oppositional ideology*), y lo que ellos hacen indagando las causas de la miseria o la grandeza, o profetizando un destino inmortal para Roma, es factible porque su camino fue allanado por la obra de Augusto, quien *se entregó a su misión hasta oscurecer su propia persona* -según R.Schröder⁵⁴- y en la misma pág.: *no puede alcanzar el meollo de la poesía horaciana quien no se acerca a la obra augustea con veneración*.

Horacio hace desde Philippos un largo camino hasta encontrarse con Augusto; *cuando descubre que su yo individual llega a coincidir con la realidad, esclarece su destino y el de Roma, que es el de Augusto, hasta converger ambos natural y misteriosamente*⁵⁵.

Equiparar con la propaganda política vulgar una poesía elevada escrita concordando con un régimen de autoridad, es un prejuicio absurdo, insidioso e injusto (y lo mismo vale para la poesía de contenido revolucionario); la poesía augustea al resultar estéticamente devaluada sufrió el consiguiente desprecio y es Horacio quien más lo ha padecido⁵⁶.

No obstante muchas voces se han levantado reclamando contra estos prejuicios, incluso desde la 1ª mitad del siglo, ej. V. Ussani, R.A.Schröder, O. Tescari, L. Amundsen, W.Wili, E. Zinn, E.Parattore, etc. a los que se deben añadir algunos de este medio siglo: P.Boyancé⁵⁷, J. Aymard⁵⁸, P.Grimal⁵⁹, H.Hommel⁶⁰, H. Op-

⁵² ...componendum iniunxerit... referida al *Carmen saeculare* y a la oda IV, 4. Cf. el penetrante análisis de estos textos de Suetonio realizados por Michael Putnam en *Artifices of eternity. Horace's Fourth Book of Odes*, Ithaca, Cornell Univ. Press, 1986, p. 20-23.

⁵³ Turolla, E. *Op. cit.*, p. 456.

⁵⁴ Schröder, R.A. *Horaz als politische Dichter* en *Wege zu Horaz*, Darmstadt, Wiss. Buchg., 1972, p. 47. Cf. también: Wili, W. *Horaz und die augusteische Kultur*, Basel, 1948.

⁵⁵ Oppermann, H. *Op. cit.*, p. 273.

⁵⁶ Williams, G. *The nature of the roman poetry*, Oxford Clarendon Press, 1970, p. 2-20.

⁵⁷ Boyancé, P. *Grandeur d'Horace*, Paris, Bull. Budé 14, 1955.

⁵⁸ Aymard, J. *La politique d'Auguste et l'ode III, 4 d'Horace*, Latomus XV, 1956.

⁵⁹ Grimal, P. *Grandeur d'Horace*, Paris, Éd. du Seuil, 1958.

permann⁶¹, F. Klingner⁶², K. Büchner⁶³, G. Williams⁶⁴, E. Zinn⁶⁵, E. Doblhofer⁶⁶, etc.

Todos ellos esclarecen una relación de noble amistad, sin permitirse esquemmatizar con criterios actuales la interioridad del poeta⁶⁷, dilucidan los valores artísticos objetivos de la poesía política con sus matices deslindándola del panegírico helenístico tradicional para con los emperadores-dioses, y reconsideran las variantes que la apoteosis tiene en Roma.

Al admitir los logros políticos de la obra restauradora del príncipe y la implantación del orden y la paz, Horacio y los romanos atisban la posibilidad de sustraerse a las consecuencias de la gravosa culpa primera y de la guerra civil por ella engendrada. Esta confianza en la *auctoritas* de Augusto liberador, ordenador y exculpador constituye el origen de la creencia romana en el emperador⁶⁸, la cual confluye con la deificación de los reyes-emperadores helenísticos, la apoteosis de los héroes de naturaleza teantrópica, entre ellas la de Rómulo, la teoría evhemerista, el linaje venusino de los Julios, el elemento unificador por encima de las parcialidades políticas representado por el culto imperial⁶⁹, la concepción sacralista del poder y la esperanza de salvación y de un salvador a la luz de los oráculos sibilinos⁷⁰.

Tal vez sea I, 2 la oda en que Horacio ha ido más lejos en el acercamiento de lo divino y lo humano, ya que sólo el emperador muerto devenía *divus* -no *deus*, aunque a veces el término se use sin tanto rigor-, y una vez entrado en el cielo se convertía en *novum numen* protector de los suyos como Rómulo-Quirino; sin embargo hay que discernir el tratamiento de esta noción en la esfera doméstica, en el culto oficial, en Roma, en las principales ciudades, en el occidente y en el oriente del imperio, en los poetas, en los emperadores mismos, además del momento en que ello ocurre⁷¹.

Augusto personalmente no se creía *divus praesens*, aunque admitió por razones de estado este tipo de honra en las provincias orientales tratando de derivarlo al de la *dea Roma*.

Por otra parte, la apoteosis en vida no consiste en una burda y vulgar deifi-

⁶⁰ Hommel, H. *Op. cit.*

⁶¹ Oppermann, H. *O.p. cit.*, p. 244-267.

⁶² Klingner, F. *Studien zur griechischen und römischen Literatur*, Zürich, Artemis Verlag, 1967.

⁶³ Büchner, K. *Historia de la literatura latina*, Barcelona, Labor, 1968, p. 252-270.

⁶⁴ Williams, G. *Op. cit.*

⁶⁵ Zinn, E. *Erlebnis und Dichtung bei Horaz en Wege zu Horaz*, *Op. cit.*, 1972, p. 369-388.

⁶⁶ Doblhofer, E. *Horaz und Augustus*, A.N.R.W., Band II, 31, 3, p. 1922-1986. El título del capítulo III donde analiza I, 37 y I, 2 es *Die Konversion zu Oktavian*.

⁶⁷ Lo que hace por ej. D.P.Fowler en su art. ya citado considerando a Augusto como un *dictator* que no puede ser alabado exitosamente por un poeta exitoso, es decir, Horacio, p. 266, dicho sea esto deslindando otros méritos del artículo.

⁶⁸ Para el proceso gradual de divinización cf. Galinsky, K. *Augustan Culture*, Princeton Univ. Press, 1996, Cap. 6, p. 312 - 331.

⁶⁹ Voegelin, E. *Nueva ciencia de la política*, Madrid, Rialp, 1968, p. 121-167.

⁷⁰ Pöschl, V. *Op. cit.*, p. 9 ss.

⁷¹ Bickermann, E. *Le culte des souverains dans l'empire romain*, Genève, Fondation Hardt, 1973, sesión I.

cación, sino en la veneración del *Genius* o *Numen de Augusto*. La Penna⁷² considera basándose en IV, 7, 16 que si Eneas, Tullus y Ancus, junto a nosotros, *pulvis et umbra sumus*, es ridículo hablar de divinización; obligado por los textos a admitir el culto del *Genius*, afirma que el mismo no equivale a una divinización (p. 81), aunque luego (p.119) acepta que el *Genius* o *Numen Augusti* era honrado entre los lares; la noción misma de divinización es un desafío al sentido común y una evidencia en sí que se nos ofrece como la intuición de un misterio.

El culto al *Genius* de Octavio nace también por sus propios logros políticos y no es pues adulación, ni blasfemia, ni deisidaimonía, sino una veneración tradicional que en el caso de Horacio se abreva en una relación paulatinamente esclarecida (*Epist.* II, 1,16):

Jurandasque tuum per numen ponimus aras.

Además en esta oda es necesario deslindar ciertos matices: Augusto no es honrado como un dios único, sino con lo que G. Williams⁷³ llama *deification by association*, ya que es colocado en un contexto jerárquico entre los demás dioses como se ve en I,12 y en III, 3, 11-12, pero aquí en vinculación con Mercurio. ¿Por qué?

Los dioses apartados y Mercurio

Enunciados en un *priamel* se descartan: Marte, que como dios de la guerra, aunque *auctor* del linaje romano, ya tuvo su patrocinio, si así puede decirse, en el *bellum civile*, y aunque sea un dios *ultor*, no es el adecuado por su carácter sangriento para vengar la muerte del 44 a.C., tal vez aquí hay una velada alusión en contra de nuevas proscripciones; Venus, obviamente porque no se trata de una relación materno-filial ni conyugal, sino de identidad con una divinidad masculina; y Apolo, dios protector de Augusto, especialmente, *post Actium*, ya que como divinidad que marca lejanía y distancia respecto de los hombres no es el más adecuado para caminar sobre la tierra y tener una identificación que repugna a su peculiaridad⁷⁴. Queda Mercurio (v. 41-44):

*sive mutata iuvenem figura
ales in terris imitaris, almae
filius Maiaae, patiens vocari
Caesaris ultor.*

Mercurio, cuyos rasgos divinos hen sido cantados en I,10 y aludidos en

⁷² La Penna, A. *Op. cit.*, p. 25.

⁷³ Williams, G. *Op. cit.*, p. 35.

⁷⁴ Otto, W. *Teofanía*, B. Aires, Eudeba, p. 111-124.

otras odas (I, 24,18; II, 7,13; etc.) fue honrado por Horacio como su patrono personal *-vir mercurialis* (II, 17, 29) se considera a sí mismo-, no presenta el distanciamiento terrífico de Apolo, es dios de dicha y ventura, está en el séquito de Venus, madre de los Julios, y puede pensárselo bajando a la tierra y caminando por ella con los trazos del *juvenem* Augusto (los latinos consideraban joven a una persona hasta los 45 años o tal vez por esa cierta intemporalidad que evidencia toda su estatuaria con imágenes que tienen poco o nada de terreno); esta peculiaridad del descenso del dios, de su abajamiento a una forma humana que su naturaleza reviste en los rasgos del príncipe, tiene algo de humildad y condescendencia y a la vez de dilección para con el hombre, por parte del dios *patiens*, aunque sea *patiens*, en sentido restringido; aquí no parece deificación por ascenso, que *deo mediante*, es la más común, sino por descenso⁷⁵ y con un cierto grado de *κενωσις* o anonadamiento. En Egipto tempranamente es asimilado Augusto a Hermes-Thot, honra rechazada por Octavio, no ignorada de los emperadores helenísticos posteriores a Alejandro; en la isla de Cos se halló una estatua de Augusto, venerado con el título de Hermes⁷⁶, pero las evidencias de este culto son escasas⁷⁷.

Syndikus acentúa el aspecto de prosperidad como rasgo mercurial evidente como consecuencia del ordenamiento político después de Actium.⁷⁸

F. Cairns recuerda que Mercurio descendió a la tierra después del diluvio con la clave de la repoblación, lo que ejecutaron Deucalion y Pyrrha, subiendo luego el dios al cielo; en este caso asumiría *-imitaris-* los rasgos del príncipe como restaurador de la humanidad en prevención de una nueva catástrofe diluvial temida por los romanos; el autor sostiene también la importancia de la noción de *saeculum* y de los *portenta* que acompañan el cambio de uno a otro; oficialmente esto ocurrió en el 17 a. C., pero sabemos que la fecha fue diferida por diversas circunstancias; entonces Augusto como *magister* de los XV *viri* cumplió con los *piacula*, deviniendo Mercurio un heraldo de los *Ludi saeculares* y del cambio de siglo⁷⁹.

Bickermann insiste como Fraenkel en el rasgo de *θεός λόγιος ἄγοραίος* o *facundus*, es decir del discurso persuasivo, concepto de origen estoico según La Penna⁸⁰. Mercurio es verbo y en este caso encarnado, salvando las debidas distancias, lo que La Penna admite a pesar suyo⁸¹; Pasquali⁸² objeta que es *incarnazione, concetto del tutto estraneo alla religione romana*.

⁷⁵ Nisbet, R.- Hubbard, M. *Op. cit.*, p. 35.

⁷⁶ Scott, K. *Mercur-Augustus und Horaz C. I, 2*, *Hermes* 83, 1928, p.15-33. Según el autor hay dos testimonios seguros de esta identificación: la inscripción de Kos y la oda I, 2.

⁷⁷ Syndikus en su comentario ya citado aporta otros testimonios plásticos (gema y monedas) que corroboran esta identificación.

⁷⁸ Syndikus, H.P. *Op. cit.*, p. 53.

⁷⁹ Cairns, F. *Op. cit.*

⁸⁰ La Penna, A. *Apéndice* a G. Pasquali. *Orazio lirico*, p. 820.

⁸¹ La Penna, A. *Orazio e la ideología del Principato*, p. 83.

⁸² Pasquali, G. *Op. cit.*, p. 182-183.

Visto de este modo, Augusto es un enviado divino, un don del cielo a la tierra; así como condujo Hermes a Príamo hasta la tienda de Aquiles y rescató a Horacio del campo de Philippos, en los trazos de Augusto rescata al pueblo romano y puede ser el único capaz de paliar el crimen de la fundación y los subsiguientes y soportar ser considerado vengador de la muerte de J. César, esfuerzo que Horacio prefiere derivar contra los partos (v. 51) como alternativa a la guerra civil; es 1a respuesta del poeta a la pregunta del v. 29-30: *Cui dabit partis scelus expiandi/ Juppiter?* y es con seguridad el sujeto real de III, 6,1: *Delicta maiorum inmeritis lues* (Inocente purgarás los delitos de tus antepasados).

Virgilio en *Geórgica* I, 408-501 otorga al príncipe ese papel de joven salvador, pero no lo identifica con Mercurio; A. M. Guillemin⁸³, ha visto claramente la relación entre el epodo 7 y la oda I, 2, sin extraer todas sus consecuencias -ese no era su objeto- porque así aclara un pasaje menos nítido del mantuano: *Eg.* IV, 13-14 y le facilita la relación con *Geórgica* I, 500 y *Eneida* I, 292-3.

El catálogo con la tríada divina sugiere el peligro de una renovación del *bellum civile*, pero también la adjetivación anuncia paz y orden interior, en fin admonición y encomio⁸⁴.

Fraenkel⁸⁵ considera esta *approximation* entre Mercurio y Augusto sujeta a ciertas limitaciones por parte del mismo Horacio: *to the possibility of such a change as one of several desirable acts of divin mercy*, luego casi inmediatamente en una especie de *retractatio* añade que *he has carried the approach to certain conceptions of the East further than anywhere else*. Nisbet y Hubbard lo siguen en *op. cit.* p. 35, pero luego en p. 38 han señalado *the extravagant presentation of Octavian is incompatible with a restored republic*.

Son notables en I, 2 estos elementos que preparan nociones que culminará y plenificará el cristianismo con el misterio de la Redención, aún concediéndole a Fraenkel, a Pasquali y a La Penna todas sus restricciones, ya que *one does not wish to press analogies too far, but it would be equally wrong to ignore clear resemblances* según advierte sensatamente⁸⁶ Nisbet.

Por eso Hommel⁸⁷ no vacila en llamarla oda mesiánica que por su contenido y significado debe colocarse confiadamente junto a la IV égloga. T. Zielinsky⁸⁸ tituló el artículo donde analiza I, 2 *Le messianisme d'Horace*.

Tampoco se trata de la vinculación que en otras odas se hace con Aquiles (I, 37, 17-20), Liber Pater (*Epist.* II, 1, 5), Hércules (III, 3, 9), Rómulo (*Epist.* II, 1, 5), Pólux (idem y oda III, 3, 9), Cástor (*Epist.* II, 1, 5) con lo que Octavio asume los caracteres del héroe; heroización que también se ve en Virgilio como un modo de mitificar la historia y sustraerla a la temporalidad.

⁸³ Guillemin, A.M. *Virgile, Poète, Artiste et Penseur*, Paris, A. Michel, 1951, p. 81-84.

⁸⁴ Santirocco, M. *Unity and Design in Horace's Odes*, p. 25 - 26.

⁸⁵ Fraenkel, E. *Op. cit.*, p. 249.

⁸⁶ Nisbet, R.-Hubbard, M. *Op. cit.*, p. 35.

⁸⁷ Hommel, H. *Op. cit.*, p. 64

⁸⁸ Zielinsky, T. *Le messianisme d'Horace, L'Antiquité classique* 8, 1939.

En esta única oda Horacio ha mostrado la peculiaridad de sus indagaciones más que en cualquier otro poema, incluso que en la epístola II, 1, 16 donde erige aras al *numen* del emperador, o en oda III, 3, 11-12 donde lo contempla ya en el coro de los olímpicos bebiendo néctar; el poeta ha misteriosamente vislumbrado como una gracia, la naturaleza compleja de la mediación entre dios y los hombres.

Por añadidura la exaltación real y simbólica que hace de Augusto en esta oda, irradia sobre todas las composiciones de los tres primeros libros, ya que ocupa en la arquitectura de los mismos un lugar capital: el primero después de la dedicatoria a Mecenas, insumiendo cada poema, aún los de problemática más individual, en un *nos* hondamente ligado a la comunidad y al destino de Roma.

Oda IV, 15

<i>Phoebus uolentem proelia me loqui</i>	
<i>victas et urbes increpuit Iyra,</i>	
<i>ne parua Tyrrenum per aequor</i>	
<i>uela darem. Tua, Caesar, aetas</i>	
<i>fruges et agris rettulit uberes</i>	5
<i>et signa nostro restituit Iovi</i>	
<i>derepta Parthorum superbis</i>	
<i>postibus et vacuum duellis.</i>	
<i>Ianum Quirini clausit et ordinem</i>	
<i>rectum euaganti frena licentiae</i>	10
<i>iniecit emovitque culpas</i>	
<i>et ueteres revocavit artes</i>	
<i>per quas Latinum nomen et Italiae</i>	
<i>creuere vires famaue et imperi</i>	
<i>porrecta maiestas ad ortus</i>	15
<i>solis ab Hesperio cubili.</i>	
<i>Custode rerum Caesare non furor</i>	
<i>ciuilis aut vis exiget otium,</i>	
<i>non ira, quae procludit enses</i>	
<i>et miseram inimicat urbes.</i>	20
<i>Non qui profundum Danuuium bibunt</i>	
<i>edicta rumpent Iulia, non Getae,</i>	
<i>non Seres infidique Persae,</i>	
<i>non Tanain prope flumen orti.</i>	
<i>Nosque et profestis lucibus et sacris</i>	25
<i>inter iocosi munera Liberi</i>	
<i>cum prole matronisque nostris</i>	
<i>rite deos prius adprecati,</i>	

virtute functos more patrum duces
Lydis remixto carmine tibiis 30
Troiamque et Anchisen et almae
progeniem Veneris canemus.

Versión lineal:

Queriendo referir combates y ciudades vencidas,
me reprendió Febo con su lira,
para que no desplegara mi pequeño velamen
por el mar Tirreno. Tu edad, oh César,
otra vez ha suscitado copiosas las mieses en los campos 5
devuelto a nuestro Júpiter las enseñas
arrancadas a las puertas altivas
de los partos, y libre de guerras
cerrado el templo de Jano Quirino ,y a la licencia
violadora del orden ha impuesto 10
frenos, ha suprimido las culpas y de nuevo
convocado las antiguas usanzas
por las que se expandieron el renombre latino
el poderío de Italia y su fama; y desde el Levante
se ha erguido la majestad del imperio 15
hasta su morada del poniente.
Siendo el César custodio de lo nuestro, ni el furor
civil o la violencia limitarán la paz,
ni la cólera que forja espadas
y enemista las urbes desdichadas. 20
Quienes beben el hondo Danubio
no quebrantarán las edictos julios, ni los getas,
ni los seres o los persas desleales,
ni los nacidos junto al Tanais.
Y nosotros en días laborables y sacros, 25
entre los dones del jocundo Baco,
con nuestros niños y mujeres
suplicando ritualmente ante los dioses,
celebremos según la costumbre paterna, unido
el canto a las flautas lidias, a los jefes valerosos, 30
a Troya, a Anquises y a la progenie
de Venus nutricia.

La expiación cumplida

En la temática analizada la expiación no está vista como algo ya logrado, sino como un objetivo necesario (I, 2, 29-30) o en proceso de realización (II, 1, 5),

o como deseo posible, cuyo cumplimiento futuro es real (III, 6, 1), pero hay una sola oda entre las 103, ubicada en el último poemario⁸⁹ de la colección que ve cumplida la expiación en tiempo pasado: IV, 15.

Este *carmen* es el testamento lírico de Horacio, el último que escribió (los comentaristas coinciden en señalar el 13 a.C., al retornar Augusto de España) y el que colocó intencionadamente como postrero. Es un himno de agradecimiento al emperador por la tarea realizada, por haber extendido los frutos de la paz y haber erguido la *imperi majestas* (v. 14-15) desde el naciente hasta el poniente; Horacio testimonia esto como la más alta experiencia cívica que pudo vivir y expresar.

Comienza con un motivo de ascendencia alejandrina presente en el exordio de los *Αἰτίαι* de Calímaco, vía Virgilio (Ég. VI, 3). Horacio, en una nueva *recusatio*, no debe cantar ni *proelia*, ni *victas urbes* (v. 1 y 2), es decir poesía épica (*Tyrrhenum per aequor*); El dará otro enfoque⁹⁰ a esa resonancia comunitaria y por eso hace lírica civil (*parva vela*); su tema es la *aetas* (v. 4) del César que restauró la *res publica* (v. 5-16). Ahora (v. 17-20) no existen ni el *furor / civilis aut vis exiget otium, / non ira...* ni guerras exteriores a las fronteras (v. 21-24) de modo, que en las sagradas fiestas podemos cantar según el rito al *custos rerum* (Roma y el mundo) y a su progenie (v. 25-32), uniendo lo convivial y familiar con lo comunitario, no con la severidad de la lira apolínea, sino con la soltura de la flauta lidia, en una interacción de las dos modalidades.

H. Dahlmann⁹¹, que ha estudiado este poema, señala, previa a su consideración individual, la relación del libro IV de odas con I-III y menciona la temática de alabanza a Augusto común para I, 2 y IV, 15, pero nada más; luego estudia la vinculación entre las odas 4, 5, 14 y 15 del libro IV, su disposición y múltiple entramamiento, concluye que la 15 es superior a las otras tres por la altura de su contenido y por su "monumental simplicidad" (p. 335).

En las estrofas 2 y 3, Fraenkel, Dahlmann, Williams, Cremona *et alii* destacan los verbos elegidos para expresar la restauración (insistencia del prefijo *re-* en tres de los seis verbos) y del polisíndeton; los seis pueden organizarse en tres miembros de dos elementos cada uno:

rettulit y *restituit* abarcan la vida campesina y militar; *clausit*, e *iniecit* el asentamiento de la paz al clausurar el templo de Jano y la restitución de la vida moral. *emovit* y *revocavit* en clímax ascendente muestran el apartamiento de la culpa y la reintroducción de los antiguos modos de vida.

Para nuestro tema destaco el *emovitque culpas* (v. 11) sobre el que Fraenkel⁹²,

⁸⁹ El libro IV ha sido despreciado y depreciado por su augusteísmo, pero a partir de E. Fraenkel la crítica ha dado un giro más comprensivo como se ve en el artículo de Janice Benario *Book 4 of Horace's Odes: Augustan propaganda*, T.A.P.A. XCI, 1960, p. 339 - 352. Uno de los méritos del artículo consiste en mostrar la relación entre los motivos del libro IV y el tratamiento de los mismos en el Ara Pacis, relación ampliamente desarrollada después por K. Galinsky en su *Augustan Culture* de 1996 y también por Putnam en el *Apéndice* a su *op. cit.*, p. 327 - 339.

⁹⁰ Becker, K. *Das spätwerk des Horaz*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1963, p. 170 - 174.

Williams⁹³, Cremona⁹⁴ y Syndikus⁹⁵ pasan por alto, y que Dahlmann⁹⁶ presenta como distanciamiento de las pasiones donde vence el *λόγος* augusteo al *πάθος* heredado; *culpas* se equipara con *vitium* (sinonimia apuntada por Bo⁹⁷ en su *Lexicon*), que aleja la *εὐταξία*, en suma *culpas* es el apartamiento del recto orden. Hasta aquí Dahlmann. Putnam⁹⁸ es de los pocos que vincula el epodo 7 con IV, 15 pero omite la intermediación que ofrece I, 2. Commager⁹⁹, al desarrollar el discurso de Juno en la 3ª oda romana, enlaza los poemas que hemos vinculado, pero sin centrarse en el tema de la *culpa*. Syndikus¹⁰⁰ señala el contraste que se da entre la salida utópica del epodo 16 y la realidad festiva de IV, 15, pero nada más porque no desarrolla la noción de *culpa*.

Sin embargo en el vocablo subyace algo más que salta a la vista, si lo relacionamos con los usos poéticos más tempranos: volvemos a la culpa primigenia que el gobernante *patiens* y restaurador ha erradicado asumiendo su expiación, sino cruenta, difícil y acerba como toda tarea política, a lo que añadimos cumplimientos de rituales religiosos consabidos. Por su plural el *emovitque culpas* puede recordar las guerras civiles, con las que muchos comentaristas identifican el contenido de la expresión, ya utilizada en poemas anteriores.

Pero a mi juicio el *bellum civile* ya está aludido en el *clausit Janum Quirini* (cerrado tres veces durante el principado), y el alejamiento del *recte vivere* se encuentra en el *iniecit*. Horacio no procede por yuxtaposición o acumulación, sino por condensación y distinción y en consecuencia su estilística no aconseja insuflarle al *emovit* significados tautológicos que acaban de expresarse, y si bien éstos pueden lógicamente encontrarse en el contenido semántico general, aquí los hallamos enriquecidos y absorbidos por el nuevo matiz que es congruente con la misión religiosa que ejerce también Augusto.

Se podría objetar el plural *culpas* elegido con deliberación por el poeta, y no por razones métricas ya que la *a* de *culpas* o *culpam* es indiferentemente breve o larga en el final del tercer verso de la estrofa alcaica, por lo que deben buscarse entonces razones semánticas.

Creo que el uso del plural obedece a la complejidad de la culpa primera, sus antecedentes y derivaciones inmediatas y mediatas, es decir, no sólo el crimen de Remo a manos de Rómulo, sino la muerte de Ilia, madre de ambos, arrojada al Tíber sin poderse justificar, quien en I, 2 se desborda para vindicarla; además

⁹¹ Dahlmann, H. *Die letzte Ode des Horaz* en *Wege zu Horaz*, Darmstadt, Wiss. Buchg., 1972, p. 328 - 348.

⁹² Fraenkel E. *Op. cit.*, p. 449 - 453.

⁹³ Williams, G. *Op. cit.*, p. 36 - 38.

⁹⁴ Cremona, V. *Op. cit.*, p. 426.

⁹⁵ Syndikus, H.P. *Op. cit.*, Band II, 1990, p. 420 - 434.

⁹⁶ Dahlmann, H. *Op. cit.*, p. 340 - 343.

⁹⁷ Bo, D. *Op. cit.*, p. 100.

⁹⁸ Putnam, M. *Op. cit.*, cap. 15, p. 262 - 306; para el tema de la *culpa*, p. 278 - 285.

⁹⁹ Commager, S. *The Odes of Horace*, Yale Univ. Press, 1962, p. 219 - 225.

¹⁰⁰ Syndikus, H.P. *Op. cit.*, Band II, 1990, p. 434.

en el epodo 7, Horacio recalca que la sangre inocente de Remo caerá sobre sus descendientes haciendo hereditaria y progresiva la culpa inicial.

Cuando el poeta en IV, 15 (estrofas 2, 3 y 4) se refiere al reordenamiento inmediato de la situación comparándola con la devastadora época precedente, y al regreso de las antiguas virtudes gracias a Augusto, el modelo republicano, aludido en el *more patrum* aquí y en otras odas, carece de valor paradigmático absoluto, ya que tampoco la república, sobre todo la última, está eximida de las consecuencias de la culpa inicial desde el momento que no pudo superar la guerra civil, sólo que la falta si bien es **progresiva**, no es **lineal**; hay épocas más o menos culposas, pero ninguna es inocente; pareciera que la *aetas* augustea instaurara un período limpio y redimido, un *saeculum* esperado y profetizado, aunque esa *pax romana* no fuera duradera, sellado con la celebración divina a Venus, Anquises y su progenie julio-augustea al final de la oda, como así también en el *Carmen saeculare*.

Es de observar que Horacio esquivaba la saga itálica de los gemelos fundadores, como si la omisión fuese deliberada para soslayar los aspectos tenebrosos con los que él reinterpretó el mito originario; la única alusión está en el *Janum Quirini* (v. 9), el templo de Jano ubicado en el foro, abierto en tiempos de guerra y cerrado en los de paz, denominado también Geminus o Quirinus, nombre éste que corresponde precisamente a Rómulo deificado después de su muerte (como se vio en el epodo 16), lo que armoniza con la interpretación realizada. Pero habría otra posibilidad tratándose de la más virgiliana de las odas, ¿podría incluirse la culpa troyana de Laomedonte también ya saldada en Virgilio?

Guillemin que ya ha aclarado a Virgilio *via Horatii* destaca un texto de *Eneida* I, 292-293 que no relaciona con IV, 15, pero que ayuda inversamente a dilucidar a Horacio: *Remo cum fratre Quirinus / iura dabunt*, lo que quiere decir que el fratricidio y sus efectos han sido borrados, que existió la purificación y el consiguiente perdón.

La celebración de Augusto en la última estrofa no es épica, aunque el tema de los *duces*, *Troia*, *Anchises* y la *almae progenies Veneris* parezca una desobediencia o un desafío al *increpuit* apolíneo del verso 2, pero a todos éstos se los canta por su *virtus* (v. 29), no por las *proelia et victas urbes* (v. 1 - 2), para eso ya estaba Virgilio; si restara una duda, el canto no se acompaña con la severidad y el despojamiento de la lira, sino con las *Lydis tibiis*, las flautas lidias (v. 30), que comportan un modo musical festivo y convivial *inter iocosi munera Liberi* (v.26).

El encomio de Augusto se reviste de un contenido nuevo, ausente en los panegíricos anteriores de tradición helenística, ya que no se canta sólo al salvador, sino al que expió las culpas del pueblo romano desde la falta primigenia y por eso instauró la paz.

Horacio no cabe todo en la fórmula, muy feliz por cierto de H. Mette¹⁰¹ *genus tenue / mensa tenuis*, apta para el lirismo intimista, que rehúsa grandeza y sublimidad y que él no vuelve absoluta, o en la conceptualización más analítica de

D.P. Fowler, pero no menos reduccionista, para quien el rasgo distintivo de su lírica es la unión de una poética calimaquea con el énfasis epicúreo en una vida simple¹⁰².

Fowler, conciente de la estrechez de la síntesis, señala, que los epicúreos favorecieron la monarquía o la dictadura moderada, porque permitía al ciudadano *to stop worrying about politics and get on with life*¹⁰³, frenar inquietudes políticas y congeniar con la vida, con lo que permite el ingreso a su enunciado de la temática comunitaria, pero sólo restringida al elogio de las virtudes civiles.

No hay entonces lugar para el encomio, según Fowler, porque la admisión del gobierno más adecuado no habilita al panegírico y lo vuelve éticamente imposible, aunque no dice por qué; o Augusto es un *dictator*¹⁰⁴, con las resonancias con que hoy leemos esa palabra, y así lo ve Fowler, elaborando juicios sobre suposiciones, o lo que no dice, el poder es intrínsecamente malo.

El planteo horaciano que hemos intentado carece de estos prejuicios, resulta más abarcador y trata de justificar o dar razón de un tema como el de la expiación y el expiador, de tratamiento original y semánticamente contundente en un campo lírico no hollado hasta los augusteos.

Conclusión

Así se cierra el ciclo de un tema que brotó por vez primera tal vez en el año 41 a.C. y que en el año 13 a..C. alcanza su logro más acabado; Horacio murió en el cenit del imperio; su trayectoria interior fue modificada por circunstancias propicias, y la desesperación inicial se trocó en la serena contemplación de la paz ganada por su amigo, de modo que toda su lírica queda insumida en esa *curva* cerrada y perfecta que se abre y dilata en profundidades oceánicas; la disposición de las odas confirma ese itinerario y enlaza la 1ª colección de 88 odas con las 15 del libro IV en un todo unitario, encabezado después de la oda proemial a Mecenas, por la oda que reclama expiador y expiación de la culpa y clausurado por la de la expiación cumplida.

El *ἀειρώς* de Horacio fue único: salido de la oposición, la derrota y la desesperación, en casi una treintena de años pudo ver el encauzamiento de la *res publica* por un adversario que lo ganó con su *auctoritas* y su capacidad política, lo hizo su amigo, lo asoció a su empresa de reconstrucción y le permitió, en un giro radical, redondear confiadamente una visión afirmativa de la historia de Roma desde una perspectiva religiosa que insumía activamente todo lo humano; el poeta sabía que en el aquí de la historia nada es estático y permanente, pero sí

¹⁰¹ Mette, H.J. "Genus tenue" und "Mensa tenuis" bei Horaz en Wege zu Horaz, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1972, p. 167 - 182.

¹⁰² Fowler, D.P. *Op. cit.*, p. 254.

¹⁰³ Fowler, D.P. *Op. cit.*, p. 258.

¹⁰⁴ Fowler, D.P. *Op. cit.*, p. 264.

lo son los principios y la dinámica de los mismos que pueden mover la historia entregando a Roma un *saeculum* mejor que si volvieran los tiempos *in aurum / priscum* (IV, 2, 39-40).

María Delia Buisel
Universidad Nacional de La Plata